

**BOJEO CUBANO. ALGUNAS APROXIMACIONES
A LA INSULARIDAD EN LA NARRATIVA
CUBANA DEL SIGLO XX**

ODETTE CASAMAYOR CISNEROS
(Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París)

La sublime ligereza insular puede ser un lastre grave, pesando permanentemente sobre la conciencia de cada cubano, de los de la ausencia tanto como la de aquellos que permanecen anclados en la isla, de los cubanos de antaño y de los de hoy. Presencia cotidiana o nostalgia, llamada u olvido desde el exilio, perdura la insularidad como una fatalidad. Pasan las ideologías y las modas y los sistemas políticos. Cambia el paisaje. La isla se mantiene. ¿Isla de corcho, insumergible y solitaria, desafiando mareas y ciclones? Siendo el corcho materia tan ligera, ¿cómo resistir puede entonces el peso de una nación? ¿Cómo puede esta parcela flotando en medio del océano cargar sola con los delirios de todo un pueblo?

El presente trabajo se pasea, sin pretender en modo alguno la exhaustividad, por algunas propuestas narrativas de comprensión de la insularidad cubana.

1. COMPRENDER LA ISLA

Comprender es aportar explicaciones. Es definir, atravesar las fronteras de la contemplación e instalarse más allá, donde es posible insertar el objeto en la continuidad orquestada por una fórmula cualquiera, pero que se vuelve indispensable al hombre ávido de signos y certezas sobre los cuales fundar el porvenir. Comprender Cuba es, en un principio, comprender la isla.

Cuba es en el imaginario de todos una isla anclada en el Nuevo Mundo y en el Tercer Mundo. Isla marcada por las ventajas y desventajas de estas dos circunstancias. Isla de la revolución y la hecatombe, de la firmeza y la deriva. Encrucijada cultural escogida por la América aborigen, por Europa y África, como espacio para batirse y reconciliarse ininterrumpidamente.

Los escritores no pueden ignorar los conflictos de la insularidad, sobre todo hoy en día, cuando ser cubano no quiere decir más, *stricto sensu*, que se vive dentro de la isla. La aceleración de los movimientos migratorios han introducido transformaciones importantes en la interpretación de la nacionalidad. Sin embargo, la insularidad tercermundista y latinoamericana de Cuba persiste.

José Lezama Lima (1910-1976) y Virgilio Piñera (1912-1979) acarrear bien lejos la cuestión de la insularidad. Solamente Alejo Carpentier (1904-1980) hubiera conseguido oponerles una visión de la isla igualmente fuerte. Mas el novelista infatigable no se abandonó nunca a los peligrosos torbellinos insulares y prefirió sobrevolar sabanas o extasiarse desde un barco que se aleja pero regresa siempre a penetrar la bahía de La Habana, sin dejarse englutir por la voracidad infinita de la isla¹. Piñera y Lezama, al contrario, sintieron la isla en lo más recóndito de sí mismos. Inmersión profunda, siguiendo cada uno el camino propio, trazado por la visión del mundo que se inventan. Lezama interroga la sensibilidad insular a nivel de la hipertelia poética y modela así «el mito que nos falta»². Por su parte, Piñera está obsesionado con la idea de hacer de su isla un objeto muy concreto. Busca sentirla totalmente y llega, justo al umbral de su muerte, a transformarse en isla (*sic*)³.

Tras Lezama y Piñera, la mayoría de los narradores cubanos sólo han conseguido enfrascarse, con mayor o menor suerte, en un desciframiento incesante de estas dos sensibilidades insulares tan profundas, construyendo a partir de ellas su propia interpretación. Ir más allá de las insularidades lezamiana y piñeriana, cambiar radicalmente el discurso de la sensibilidad insular, deja a estas alturas una sola posibilidad: ignorar completamente la cuestión. Esta opción ha sido elegida muy recientemente por jóvenes escritores, como Pedro de Jesús López (1970), Gerardo Fernández Fe (1971) y Ena Lucía Portela (1972), entre otros.

¹ «Ahora, turista en mi propia tierra, aprendo a considerar La Habana con un respeto ajeno a todo sentimiento íntimo y personal de cariño. Me maravillo ante su multiplicidad, [...] ante su pintoresquismo de buena ley [...] me divierto en hallar analogías auténticas con rincones de Europa que habían retenido mi atención», A. Carpentier, «La Habana vista por un turista cubano», in Alejo Carpentier, *Conferencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1987, p. 182.

² José Lezama Lima, «Coloquio con Juan Ramón Jiménez», in J. Lezama Lima, *Analecta del Reloj: ensayos*, La Habana, Orígenes, 1953, p. 47.

³ En 1979, año de su desaparición física, Virgilio Piñera escribe el poema «Isla», donde interpreta su muerte próxima como un renacimiento, esta vez como isla. Este poema forma parte del cuaderno «Una broma colosal», in V. Piñera, *Una broma colosal*, La Habana, Unión (col. «Contemporáneos»), 1988, p. 92.

1.1. SOLEDADES EN UNA ISLA

La soledad mitológica de la isla. Imagen de un país sin raíces e incapaz de sobrevivir a su propia soledad. La tentación de acercarse a una mole continental, que ofrezca solidez y protección a la intemperie cubana, polémica secular. Europa, África, América Latina, los Estados Unidos, todos han representado, cada uno a su tiempo, tierras maternas o paternas cuya cultura, según algunos cubanos, puede servir de base a la existencia insular.

Reinaldo Arenas (1943-1990) recrea genialmente este fenómeno de la conciencia insular en las últimas páginas de la novela *El color del verano* (1990). Cuando, roída en su base, la isla se separa de su plataforma, sus habitantes, eufóricos de saberse al fin libres de la condición insular, se enfrentan al problema de elegir la mejor costa continental en la cual desembarcar. Nadie cree que sea posible resistir solos a la deriva. Hay que encontrar, con urgencia, una metrópoli:

Ya algunos proponían que debían encaminarse hacia los Estados Unidos lo más pronto posible pues necesitaban ayuda económica. [...] Pero al momento otros manifestaron rotundamente que debían dirigirse a las costas de España, «pues de allá provenimos y no es éste el momento de ponerse a aprender una lengua extranjera». Entonces un líder negro dijo con voz potente que si a algún continente tenían que acercarse era al africano [...] ¡Eso sería el colmo del retroceso!, clamaron los partidarios de la condesa de Merlín, ¿por qué ir para el África cuando podían escoger un destino más civilizado, un destino que, sin duda alguna, tiene que ser Francia? [...] ¡No! ¡No! ¡No! Somos latinoamericanos. Navegaremos hacia el sur y nos detendremos cerca de las islas Malvinas o en las costas de Brasil⁴.

Para otros, unos pocos, es el Caribe el que, por su propia ligereza y diseminación, puede constituir una configuración tan poderosa como cualquier gran masa continental. Sin embargo, la identidad caribeña, tan cara a los intelectuales martiniqueños y guadalupeños de nuestros días, interesa raramente a los narradores cubanos. En el mundo de la prosa, Carpentier había dado ya algunos pasos en este sentido. Pero un camino narrativo hacia el Caribe se define realmente bajo la pluma de Antonio Benítez Rojo (1931). Iniciada en los sesenta y presentada en la década de los noventa, su trilogía caribeña, formada por la novela *El mar de las lentejas*, el libro de cuentos *El paso de los vientos* y el ensayo *La isla*

⁴ Reinaldo Arenas, *El color del verano*, Barcelona, Tusquets (col. «Andanzas»), 1999, p. 451.

que se repite, desarrolla particularmente el concepto de identidad archipiélica.

Es un hecho, no obstante, que el cubano abraza frecuentemente un sentimiento de superioridad con respecto a las otras islas del Caribe. Orgullo de habitar la mayor de las Antillas y de haber experimentado, en ciertas épocas, un esplendor económico, político y cultural envidiado en toda la región. Situación que recorre el pensamiento cubano, desde los tiempos coloniales. La influencia de Cuba sobre el resto de las islas caribeñas sirviendo de argumento para la madurez nacional.

En tiempos de la primera república, aparece además un claro desdén por el universo antillano. Algunos intelectuales desconfían de la importación de mano de obra barata procedente de las Antillas inglesas y francesas, que se incrementa con el desarrollo de la industria azucarera hacia principios de la década del 20. En el importante ensayo *Azúcar y población en las Antillas*, Ramiro Guerra responsabiliza en 1927 la presencia de braceros antillanos con la miseria del campesinado cubano. Igualmente, la formación de comunidades caribeñas en el campo cubano constituía, según Guerra, un factor desintegrador de la unidad cultural nacional. Este punto de vista es expuesto por Carpentier en su primera novela *Ecué-Yamba-O*, publicada en 1933. Su protagonista, el negro Menegildo Cué, no pierde la ocasión de expresar su arrogancia cubana y manifestar el desdén que le inspiran los negros venidos de Haití, Jamaica o Barbados:

Menegildo atravesó varias callejuelas animadas... Se sentía extraño entre tantos negros de otras costumbres y otros idiomas. ¡Los jamaquinos eran unos «presumidos» y unos animales! ¡Los haitianos eran unos animales y unos salvajes! ¡Los hijos de Tranquilino Moya estaban sin trabajo desde que los braceros de Haití aceptaban jornales increíblemente bajos! [...] Una sonrisa de simpatía se dibujaba espontáneamente en el rostro de Menegildo cuando divisaba algún güajiro cubano, vestido de dril blanco, surcando la multitud con su caballito huesudo y nervioso. ¡Ése, por lo menos, hablaba como los cristianos!⁵.

Ya por los años 40 y 50, los poetas origenistas⁶ Gastón Baquero y Cintio Vitier⁷ no titubearon en elogiar el carácter «civilizado» de la isla de Cuba, en comparación con el «atraso» de otros pueblos caribeños. Esta po-

⁵ A. Carpentier, *Ecué-Yamba-O*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 69.

⁶ Pertenecientes al grupo Orígenes, capitaneado por José Lezama Lima.

⁷ Para la crítica de Vitier, ver Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Letras Cubanas, 1970, pp. 479-481.

sición se destaca particularmente, cuando ambos autores atacan el poema *La isla en peso*, de Virgilio Piñera. En estos versos, sin duda alguna unos de los mejores versos escritos en Cuba, tanto Baquero como Vitier descubren con pavor vínculos con la obra del martiniqueño Aimé Césaire. Escribía entonces Gastón Baquero:

Es una isla de plástica extracubana [...] llena de una vitalidad primitiva que no poseemos, de un colorido que no poseemos, de una voluntad de acción y una reacción que no poseemos, es precisamente la isla contraria a la que nuestra condición de sitio ávido de problema, de historia, de conflicto, nos hace vivir más «civilmente», más en espíritu de civilización, de nostalgia, de Persona [...], es una isla de una antillanía y una martiniquería que no nos expresan, que no nos pertenecen [...] No nos corresponde esta realidad antillana pura porque no somos tales antillanos puros⁸.

No hay gratuidad en las observaciones de Baquero. Piñera había traducido en el segundo número de su revista *Poeta*, en 1943, fragmentos del poema «Grand Midi» y conocía seguramente los versos de *Cahiers du retour au pays natal*. Mas las diferencias entre ambos poemas son insoslayables, definitivas. Si bien las dos obras ambicionan el despertar de las conciencias dormidas de los pueblos martiniqueño y cubano, el poema de Césaire se inscribe dentro de un proyecto político en el cual la negritud responde a una exigencia urgente de autorreconocimiento, mientras que Piñera no escribe un poema de la negritud sino un particular elogio de la cubanía. Y si la cubanidad piñeriana toca en ciertos puntos el verbo martiniqueño de Césaire, es porque, en un final, ambas islas, aunque diferentes, no están del todo distanciadas y que la «civilidad» que tanto enorgullece a Baquero no es tal vez más que un travieso espectro.

1.2. EL ENTREDÓS INSULAR

Dentro de la mitología insular, la disyuntiva entre independencia e impotencia, entre progreso y subdesarrollo, electriza el discurso de la identidad del intelectual cubano. De un lado, el orgullo de saberse isla solitaria, refutando dominaciones e influencias. Del otro, el sentimiento de inferioridad y la nostalgia, emanando también de la circunstancia insular. Sensación de indefensa y desamparo. La eterna tensión entre lo firme y lo blando, civilización y barbarie. Una misma preocupación atravesando generaciones y estilos.

⁸ G. Baquero, «Tendencias de nuestra literatura», in Gastón Baquero, *Ensayo*, Salamanca, Fundación Central Hispano (col. «Obra Fundamental»), 1995, pp. 307-309.

En la novela *De donde son los cantantes* de Severo Sarduy (1937-1993), el dúo fatídico formado por Auxilio y Socorro, saltando de un nivel a otro del imaginario cubano, encarna esta cuestión que es expuesta claramente cuando, recién llegadas de España, como frutas se van corrompiendo al contacto de las costumbres criollas:

Hasta que un día: 1) echaron una pancita ovoide que se iba meneando delante de ellas [...]; 2) se aburrieron de todo, se cagaron en el solfeo y la teoría, se dejaron crecer horquetillas en el pelo y mugre en los tirantes del refajo; 3) contestaban a todo «lo que sea, socio», «lo que no hay es morirse». Resumen: la siesta les royó los huesos, las amarilló, anemia perniciosa; nada, que les dio el soponcio caribeño –¡tan sabroso!– por su lado más flojo, el del ajíaco, el del danzonete cotidiano y el del colchón⁹.

Mientras Sarduy se contenta con proyectar una visión atemporal sobre la confluencia más o menos contradictoria de los diferentes elementos constitutivos de la nación y su connotación posterior, Edmundo Desnoes (1930) ofrece por su parte una interpretación percutiente, cuya fuerza principal estriba en el hecho de partir de una situación concreta y conflictiva: los años sesenta. *Memorias del subdesarrollo* es, en este sentido, una de las novelas más interesantes escritas en Cuba después de 1959. En medio de un ambiente conquistado por el *epos*, Desnoes recrea la percepción que de la revolución tiene un burgués abandonado por su familia. Mientras una nueva sociedad nace, Malabre, el protagonista, permanece solitario en un rincón. Es el observador inerte de un entusiasmo general que no logra vencerle. Desde el desarraigo existencial, Malabre expone sus reflexiones sobre la cubanía y el subdesarrollo y se pregunta cómo la revolución, que pretende llevar el progreso a la nación, conseguirá eliminar las características del subdesarrollo aparentemente inherentes al pueblo cubano. No cree que tal milagro sea posible. Durante la Crisis de octubre, en 1962, Malabre piensa que el fin es cercano. Dice entonces: «Siento que todo es desproporcionado. Nosotros y el resto del mundo»¹⁰. No entiende cómo una isla minúscula osa desafiar potencias de tal envergadura, ponerse a la altura del mundo y no del subdesarrollo. El personaje de Desnoes no es –¿qué duda cabe?– un héroe cabal: «Nunca hemos sido más importantes ni más miserables. Luchar contra Estados Unidos tiene grandeza, pero no

⁹ Severo Sarduy, *De donde son los cantantes*, in S. Sarduy, *Obra Completa*, t.1, Madrid, Galaxia Gutemberg, Círculo de Lectores (col. «Archivos»), 1999, p. 398. (Subrayado por el autor).

¹⁰ Edmundo Desnoes, *Memorias del subdesarrollo*, La Habana, Unión, (col. «Contemporáneos»), 1965, p. 58.

quiero ese destino. Prefiero seguir siendo un subdesarrollado»¹¹. Malabre no se encuentra a la altura de los acontecimientos de su época. Su mirada es, por ello mismo, indispensable. Es la visión que faltaba.

En *La Habana convulsa* de 1999, Abel E. Prieto (1950) teje, a través de las páginas de *El vuelo del gato*, una serie de interesantes reflexiones sobre la nación e insiste en la recuperación de los valores de la cultura popular cubana. Prieto, quien es ministro de la cultura desde 1997, explora aquí los meandros existenciales de un grupo de amigos durante la aguda crisis de los noventa. La novela es lanzada por una alegoría de Lezama, según la cual, de la unión entre una marta y un gato no puede nacer un gato «de piel shakesperiana y estrellada, ni una marta de ojos fosforescentes»¹². El fruto de este cruzamiento es el gato volante, metáfora del mestizaje, en quien Prieto cifra las esperanzas de un futuro mejor para todos los cubanos. En este raro espécimen, el «mestizo volador», se imbrican armónicamente diferentes caminos de la nación y las energías –habitualmente percibidas como contrarias– que impulsan al cubano hacia el atraso o el adelanto.

1.3. JUVENTUDES

Y luego, la tan llevada y traída juventud del Nuevo Mundo. ¿Insuficientemente maduro para afrontar sin ayudas su propio destino? ¿Demasiado crecido ya como para poder enorgullecerse de su singularidad?

En Carpentier, las exhaustivas descripciones de la naturaleza y de la cultura latinoamericanas esbozan una trayectoria hacia la apología de la juventud del Nuevo Mundo. El novelista no abriga duda alguna: Cuba, como todo el continente, se encaminaba hacia su propia madurez. La juventud de estas naciones garantizaba, además, el porvenir floreciente que les esperaba. La misma convicción alimentaba el pensamiento lezamiano. Sin embargo, el autor de *Paradiso* se dedicó a demostrar sus teorías a través de la interrogación constante de los arcanos de la nacionalidad. Un discurso relativamente opuesto llega, como era de esperar, de Virgilio Piñera, quien se queja de la inmadurez latinoamericana en *La isla en peso*. Bajo su pluma, la isla se convierte en esa nación que no ha vivido aún los años o los siglos suficientes para fabricarse una máscara definitiva, bajo la cual

¹¹ *Ibid.*, p. 59.

¹² J. Lezama Lima, «Universalidad del roce», in A.-E. Prieto, *El vuelo del gato* (Exergo), La Habana, Letras Cubanas (col. «La Novela»), 1999.

sentirse al fin segura. Martillan sus versos la adolescencia de un pueblo en su opinión desprovisto, incluso, de una literatura propia:

¡País mío, tan joven, no sabes definir,
[...]
¡Pueblo mío, tan joven, no sabes ordenar!
¡Pueblo mío, divinamente retórico, no sabes relatar!
Como la luz o la infancia aún no tienes un rostro¹³.

1.4. EL MAR

Otra circunstancia orquestándose también alrededor del aislamiento insular. Una isla se ata siempre a un litoral. Mar que delimita y define, que sofoca o libera las energías concentradas en la isla. Abilio Estévez (1954) lo precisa en la novela *Tuyo es el reino*: «vivir en una Isla significa que más tarde o más temprano tienes que enfrentarte con el mar»¹⁴. No hay pues manera de evitar el mar, por donde vienen y se escapan las ilusiones, pero también la desesperanza y finalmente los propios isleños.

Los unos ven en el mar la posibilidad de recibir las oleadas del progreso, promesas de un mundo mejor. Había así en *El siglo de las luces* la visión elegiaca de Carpentier¹⁵. Otros piensan que será por el mar como la nación cubana alcanzará universalidad. También hay quienes temen perder lo mejor del misterio insular por ese incesante vaivén de mareas. A Lezama, en 1938, le inquietaba aquella «cultura de litoral» y temía la seducción que ejerce el océano sobre el ser de las islas, quien menoscaba así su paisaje interior. «El insular ha de vivir hacia dentro»¹⁶, se exclamaba entonces el autor de *Paradiso*. Entretanto, Piñera, incapaz de acercarse al mar con serenidad, atado a su influencia maléfica, lo considera una terrible monotonía circular impidiendo la huida.

¹³ V. Piñera, «La isla en peso», in Piñera, *La isla entera*, La Habana, Uneac (col. Contemporáneos), 1969, pp. 27 y 37.

¹⁴ Abilio Estévez, *Tuyo es el reino*, Barcelona, Tusquets (col. «Andanzas»), 1997, p. 302.

¹⁵ Esteban permanece extasiado frente a aquel «prodigioso Mar de las Islas». Encuentra significados divinos en toda esa vida minúscula que viene a depositarse sobre las costas, a sus pies, tras cada oleada. Son algas, peces traslúcidos, «vidrios que, caídos de barcos, rescatados de naufragios, habían sido arrojados a esta ribera del Océano como misteriosa novedad», in A. Carpentier, *El siglo de las luces*, La Habana, Unión, 1993, p. 211.

¹⁶ J. Lezama Lima, «Coloquio con Juan Ramón Jiménez», in J. Lezama, *Analecta del reloj: ensayos*, La Habana, Orígenes, 1953, p. 44.

Pero hay quienes permanecen indefensos ante el mar, que escapa a toda explicación. Situándolo en una dimensión diferente al caos que descubren en la sociedad cubana, Reinaldo Arenas y Guillermo Cabrera Infante (1929) lo veneran como una entidad secreta a la que no saben atribuirle una significación estrictamente positiva o negativa.

Silvestre, uno de los tristes tigres de Cabrera Infante, halla en el mar, que se extiende socarrón frente a la ciudad, la alternativa al parlotear desordenado y redundante de su compañero Arsenio Cué. Las palabras vacías de sentido que lanza Cué se deslizan sobre Silvestre, que, ausente, está mirando siempre obscuridades más allá del malecón. Sin embargo, el mar no encierra la panacea a su incertidumbre. Más bien, es el recordatorio de su propio absurdo.

No, el mar no ríe. El mar nos rodea, el mar nos envuelve y finalmente el mar nos lava los bordes y nos aplanan y nos gasta, como a los guijarros de la costa y nos sobrevive, indiferente, como el resto del cosmos, cuando somos arenas, polvo de Quevedo. Es la única cosa eterna que hay sobre la tierra y a pesar de su eternidad lo podemos medir como el tiempo. El mar es otro tiempo o el tiempo visible, otro reloj¹⁷.

El protagonista de *Tres tristes tigres* se debate aquí entre la insensatez de Cué y el abismal sentido marino, entre caos y cosmos, infinito y finitud. Los océanos esconden otra realidad, armoniosa, que se opone a la mediocridad cotidiana. Pero Silvestre titubea siempre, entre una y otra realidad, entre el desorden de Cué y la sabiduría marina.

Es también este mar el que ribetea la zozobra de los protagonistas de *Otra vez el mar*, de Reinaldo Arenas. En estas páginas, tal vez las más angustiosas de toda la *Pentagonía areniana*, ningún sufrimiento es ahorrado a los personajes, un hombre y una mujer perdidos en los marasmos de la sociedad cubana de los setenta. Atmósfera permanentemente pesada. Ninguna salida. El sol siempre implacable, banalizando la maravilla que hubiera podido ser la vida. Pero la mediocridad reina, devorando las horas y el sueño. Insomnio y pesadilla. Y a veces, peligrosamente esperanzador, llega el mar, para recordar en su invariable cántico que tal vez cierta trascendencia es posible.

A un costado de la carretera se ve el mar; del otro, un gran cartel con letras inmensas. ESTÁ USTED ENTRANDO EN EL PLAN MONUMENTAL DEL CORDÓN DE LA HABANA. A un costado de la carretera, el mar; al otro, una valla gigantesca. ¡OCHENTA MIL HABANERAS AL COGOLLO! A un costado de la

¹⁷ Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*, Barcelona, Seix Barral (col. «Biblioteca de Bolsillo»), 1994, p. 324.

carretera, el mar; al otro, un cartel. ¡YA LLEGAMOS A LAS CIEN MIL POSTURAS DE CAFÉ! [...] Pero oye, pero oye, pero mira, pero atiéndeme: A un costado de la carretera se sigue viendo el mar, el mar, terso. El mar fluyendo sin tiempo¹⁸.

Dolorosa alternativa a la gris realidad, el mar es también el tiempo fuera de la comprensión humana. Tiempo no politizado ni social. Tiempo fuera del tiempo. Eternidad. Mas, ¿quién puede asegurar que el mar no se burla, al fin y al cabo, de los hombres? ¿No atiza, con sus apariciones, la angustia lacerante de los personajes de Arenas y Cabrera Infante? El mar les permite, efectivamente, imaginar que hay soluciones que escapan a su entendimiento. Pero en todo caso, estos personajes permanecen encadenados a las tinieblas de su vida cotidiana.

1.5. EXILIO: ENTRE AMENAZA Y DESEO

Lezama Lima identificaba el exilio con un «nuevo purgatorio». En *Paradiso*, Foción, atormentado por lo demoníaco, resume esta idea: «Le dije [...] que el exilio era una forma de inocencia, una ausencia de lucidez para la bondad o la maldad, una suspensión en el tiempo»¹⁹. Pero llegar a esta conclusión no debió de ser difícil para el poeta, «peregrino inmóvil»²⁰ que solamente en dos ocasiones consigue moverse fuera del espacio insular (en 1949, viaja a México y, en 1950, visita Jamaica).

Infatigable viajero, Alejo Carpentier había encontrado, por su parte, una solución a la problemática insular en la tensión misma entre el «aquí» y el «allá», que domina su obra. El novelista opta por desplazarse constantemente entre el «aquí» y el «allá», entre el espacio insular y el resto del mundo. El exilio le inspira rotunda repugnancia. En 1945 lo expresa ya claramente: «Me espantaba llegar a parecerme a uno de esos intelectuales americanos que se destierra, y sin lograr nunca a ser europeos, dejan también de ser americanos. No quería ser uno de esos productos híbridos que tanto abundan en la historia de nuestras artes»²¹.

¹⁸ Reinaldo Arenas, *Otra vez el mar*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, pp. 33-34.

¹⁹ J. Lezama Lima, *Paradiso*, La Habana, Letras Cubanas, 1991, p. 397.

²⁰ «Aquí estoy, en mi sillón, condenado a la quietud, ya peregrino inmóvil para siempre», J. Lezama Lima, «Interrogando a Lezama Lima», in P. Simón (ed.), *Recopilación de textos sobre Lezama Lima*, La Habana, Casa de las Américas (col. «Valoración múltiple»), 1970, p. 30.

²¹ Entrevista publicada en *Papel literario del Nacional*, el 16 de septiembre de 1945, citada por Roberto González Echevarría, *Alejo Carpentier: peregrino en su patria*, México, UNAM, 1993, p. 49.

Carpentier condena la «impureza» del exiliado. Pero el exilio es una sombra amenazando siempre el horizonte del ser insular. Para escritores como Reinaldo Arenas, el exilio vuelve imposible la comodidad carpenteriana. El autor se debate entre la indefinición y la desesperanza de quien no consigue identificarse a ninguna sociedad. Aunque recorriese el mundo entero, la isla no desaparece jamás de su horizonte. El exilio se reviste en su prosa de paradojas múltiples. Por una parte, encarna cierta libertad. Por otra, es hondo desarraigo. Según Arenas, que tras años de persecución abandonase la isla por el puerto del Mariel en 1980, el exiliado es un fantasma lamentando constantemente la falta de referencias, fronteras y raíces, un espectro flotando en el aire²².

Indicios hay de que el novelista hubiera preferido cerrar definitivamente sus ojos en medio de la luz tanto tiempo denegada, blanca, abracadabrante y dura de su isla. Pero, enfermo de sida, se suicida en New York. El regreso, por demás, estaba sancionado por su condición de enemigo del régimen. *Final de un cuento* recrea en cierto modo tan trágico desenlace. Se narra aquí la agonía de un cubano exiliado en los Estados Unidos que a fuerza de nostalgia termina por suicidarse. El narrador se encarga de cumplir su última voluntad: arrojar las cenizas del amigo en el pozo marino del Caribe. Debe hacerlo desde la punta meridional del país. Frente a él, está solamente el mar, al que espeta:

Mar tenebroso, divino mar, acepta mi tesoro; no rechaces las cenizas de mi amigo; así como tantas veces allá abajo te rogamos los dos, desesperados y enfurecidos, que nos trajeses a este sitio, y lo hiciste, llévatelo ahora a él a la otra orilla, deposítalo suavemente en el lugar que tanto odió, donde tanto lo jodieron, de donde salió huyendo y lejos del cual no pudo seguir viviendo²³.

La isla está más allá. Inolvidable. Una presencia segura, hiriendo a pesar de la distancia. Permanecer en ella era un infierno, mas alejarse conduce también a la muerte. Este cuento ha dejado testimonio de su nostalgia. Dos realidades, la americana y la cubana, se mezclan en terrífico vertigio. La Habana, sus calles, su brisa, su maldición, su desgracia, una carcajada, inundan de repente el laberinto de Manhattan, otra isla. El narrador sucumbe al delirio. La furia escalda. El exilio es tan doloroso como excitante. El placer es, por demás, rabioso:

²² Jesús Barquet, «Del gato Félix al sentimiento trágico de la vida», in O. Ette (ed.), *La escritura de la memoria. Reinaldo Arenas: Textos, estudios y documentación*, Frankfurt am Main, Vervuert/Madrid, Iberoamericana, 1996, pp. 84-85.

²³ R. Arenas, «Final de un cuento», in R. Arenas, *Adiós a mamá*, Barcelona, Altera, 1995, p. 175.

Soledad, nostalgia, recuerdo [...] todo eso lo siento, lo padezco, pero a la vez lo disfruto. [...] Mirar hacia el sur, mirar ese cielo que tanto aborrezco y amo, y abofetearlo; alzar los brazos y reírme a carcajadas, percibiendo casi, de allá abajo, del otro lado del mar, los gritos desesperados y mudos de todos los que quisieran estar como yo: aquí, maldiciendo, gritando, odiando y solo de verdad²⁴.

2. INDIFERENTES A LA ISLA

A veces, impotentes frente al vertigio insular, la huida puede parecer un camino redentor. «Espejismos», nos han dicho la mayoría de los escritores cubanos hasta ahora. Cuando se asume la isla, no hay escapatorias. Sin embargo, la actualidad literaria cubana se eriza también, desde fines de los noventa, de jóvenes que se esfuerzan por romper el maleficio de «la maldita circunstancia del agua por todas partes»²⁵. Presienten que su imaginario no tiene por qué permanecer perpetuamente encadenado a la condición de isla. Proponen ser cubanos sin angustiarse ni desesperar de insularidad.

Infierno o paraíso, Cuba no es más que Cuba, el país en el que han nacido o que habitan, casi azarosamente, porque ninguna identidad parece justificar su nacionalidad. O, al menos, se trata de una cuestión que poco o nada preocupa a ciertos narradores, muy jóvenes, extremadamente iconoclastas, ganados por la indiferencia hacia todos los valores éticos de la sociedad contemporánea. Ni amor ni odio, justo indiferencia. Pero esta apatía no es ni siquiera condenable, en el sentido en que estos autores se alejan por igual de toda noción de pertenencia a una clase social, a un grupo político o a una nación. Sus vidas se deslizan sin tener en cuenta estos conceptos, que no combaten. Peor aún, los ignoran.

No se experimenta, en las obras de autores como Ena Lucía Portela, Pedro de Jesús López Acosta y Gerardo Fernández Fe, la necesidad de comprender la realidad cubana. Sólo viven, como cubanos, su abandono ético.

Abandonar la isla, para el autor indiferente, no constituye exactamente una huida justificada por la realidad nacional. «No tenía problemas políticos ni económicos demasiado serios; en realidad, no tenía problemas [...] emigraba como los pájaros, por razones de clima»²⁶, confiesa la protagonista de «Una extraña entre las piedras», cuento de Portela publicado en

²⁴ *Ibíd.*, pp. 150-151.

²⁵ V. Piñera, «La isla en peso», *op. cit.*, p. 25.

²⁶ Ena-Lucía Portela, «Una extraña entre las piedras», in E.-L. Portela, *Una extraña entre las piedras*, La Habana, Letras Cubanas, 1999, p. 99.

1999. No se sufre aquí ni incomunicación ni desamparo. No se necesita demostrar la eternidad de la isla porque el concepto mismo de eternidad no interesa. No afecta el sentimiento insular de la soledad porque se trata igualmente de un término desprovisto de significación.

Viviéndose a sí mismos más en lo humano que en lo social, más alejados de lo político y de lo nacional, estos jóvenes pueden en fin saberse cubanos sin que ello constituya una circunstancia a definir, a fundamentar, a justificar. La cubanía no es ya un problema esencial. La isla, en estos libros nuevos, vuelve a ser un mero accidente geográfico y se despoja del atalaje cultural, social y político, con el que, desde los albores del sentimiento patriótico en Cuba, se le ha vestido.